El hombre en el pozo

POR

OSWALDO J. SMITH

MISIÓN EVANGÉLICA ESPAÑOLA
VALDEPEÑAS

Vino después Confucio, que me enseñó a adorar a mis antepasados si quería recobrar mi libertad.

Pág. 19.

El hombre en el pozo

CAPITULO PRIMERO

Caminando de noche a través de los campos, caí de cabeza en un pozo grande y profundo. Al principio quedé aturdido por la fuerza del golpe; pero rehaciéndome gradualmente y dándome cuenta de la gravedad de mi situación, comencé a pensar cómo podría salir de allí.

Aparte de una sola franja de luz que brillaba por la abertura muy por encima de mi cabeza, todo estaba oscuro como boca de lobo. Veíanse las estrellas, pero la luna no había salido todavía. Palpé las paredes del pozo y las encontré mojadas y pegajosas, y me estremecí ante la condición desesperada en que me hallaba.

A poco atrajo mi atención una sombra que pasó por mi vista, y levantando los ojos percibí la figura de un hombre de pie en lo alto del pozo. Surgió al punto la esperanza en mi pecho y haciendo un esfuerzo penoso para ponerme en pie, grité pidiendo socorro.

—¡Hijo mío!—respondió el hombre allá arriba—, soy un rabino judío, y me alegraré de hacer lo que pueda por ti. ¿Qué deseas?

—¡Oh, rabino!—exclamé con el corazón lleno de gratitud—, he caído accidentalmente en este

pozo y no sé cómo salir. Tenga la bondad de decirme lo que debo hacer.

—Sí, hijo mío, lo haré. Siempre es un placer ayudar al infortunado—respondió el rabino.

—¡Oh, sapientísimo rabino, ya siento arder en mi pecho la esperanza! Hable usted y escucharé —respondí.

—Pues bien, hijo mío—comenzó a decir el rabino—, si quieres heredar el mundo venidero, lo cual implica, naturalmente, verte libre del pozo, debes hacer en primer lugar lo que dice el rabino Alazar, citando palabras del rabino Abina; es, a saber: "Todo el que repita el salmo de alabanza de David (Salmo 145) tres veces al día heredará seguramente el mundo venidero." (Talmud, Tratado Berakhoth 45.)

—¡Tres veces al día!—exclamé desalentado—. ¿Entonces no puedo salir ahora mismo?

—¡Paciencia, hijo mío, paciencia!—replicó el rabino—. Hay tiempo abundante.

—¿Y es eso todo?—pregunté sintiendo disiparse mi optimismo.

—¡Ah, no, hijo mío!—contestó el rabino—. Escúchame ahora y no interrumpas.

—Perdóneme, rabino. Tenga la bondad de continuar y me callaré—respondí.

Así lo hizo y esto fué lo que dijo:

—Además, hijo mío, el que lee la Shema (el pasaje de Deuteronomio, 6, 4-9) y ora, heredará este mundo y el venidero (Talmud, Tratado Berakhoth 16 b). Sobre todo esto, amigo mío, hay diez preceptos bien conocidos, cuyo fruto

goza el hombre en este mundo, quedando el árbol para él en el mundo venidero, a saber: honrar padre y madre, practicar la caridad, asistir con puntualidad a la casa del estudio mañana y noche, dar hospitalidad a los caminantes, visitar a los enfermos, dotar a doncellas, acompañar a los muertos en su entierro, tener devoción en la oración y poner paz entre hombres desavenidos; pero el estudio de la ley iguala a todos ellos (Libro de Oración Diaria. Traducción de Singer, página 5). Sí, todo el que estudie la ley tiene la seguridad de heredar el mundo venidero (Talmud, Tratado Megillan 28 b). En el mundo venidero, el Santo, ¡bendito sea El!, tomará el rollo (los cinco libros de Moisés), los extenderá sobre sus rodillas y dirá: "todo el que lo haya estudiado venga y recibirá su recompensa" (Talmud, Tratado Abhodah Zara 2.ª). En adición a todo esto, no debes nunca rebelarte contra el sufrimiento, porque sólo mediante el mucho sufrir serás libertado al fin. El ayunar te ayudará también mucho, hijo mío, y el dar limosnas; pero si derramas lágrimas por un hombre justo, grande será tu recompensa. "El Santo, ¡bendito sea su Nombre!, las cuenta y las pone en su tesoro" (Talmud, Tratado Sabbath 105 b). Hijo mío, he terminado. Cuida de hacer todo lo que te he dicho y saldrás del pozo. Dicho esto, siguió su camino.

Sin pérdida de tiempo comencé a hacer con la mayor diligencia todo lo que el docto rabino había dicho. Había muchas cosas, por supuesto, que no podía hacer, por mi apurada situación. Pero

por algunos días procuré lo mejor que pude seguir sus preceptos.

A pesar de todo ello, tenía el sentimiento de que faltaba algo. Mi mente se volvía de un modo instintivo a los mandamientos de Moisés. ¿Por qué no los había mencionado el rabino? ¿Por qué no había hablado ni una sola vez de los sacrificios exigidos por la Ley? ¿Sería porque consideraba el Talmud de más importancia y autoridad que las Escrituras? Es extraño, pensaba yo, que él citara los escritos de los hombres y pasara por alto los de Dios.

En vista de esto y para asegurar más mi liberación, procuré obedecer, no sólo los preceptos que él me había dejado, sino todos los deberes inculcados por Moisés, el gran Legislador de Israel.

No robé ni tomé el nombre de Dios en vano. No cometí asesinato, ni me hice culpable de adulterio. No tuve otros dioses fuera de Jehová. Guardé el Sábado y obedecí fielmente todos los demás mandamientos. Sacrificios no podía ofrecer, puesto que Dios había ordenado que debían ser sacrificados en el templo de Jerusalén y yo estaba aquí, muy lejos, sin sacrificio y sin templo.

Pero, aunque obedecí con la mayor diligencia todos los mandatos del rabino, seguía todavía en el pozo. Las leyes de Moisés, con ser tan buenas, no me pudieron ayudar en lo más mínimo; mucho menos el Talmud.

* * *

Meditando en todo esto, levanté una vez más

los ojos y vi la figura de un hombre corpulento, de larga barba, que miraba hacia abajo. Pero lo que más me llamó la atención fué la flotante vestimenta que lo revestía y la mitra que llevaba puesta en la cabeza, todo ello de un brillante color naranja. Llevaba en la mano un incensario.

Al observar que yo le estaba mirando, me preguntó acerca de mi desgracia. Le conté que había caído en el pozo y le rogué que me socorriera. A lo cual respondió lo siguiente:

—Señor, la Iglesia Griega Ortodoxa, de la cual soy ministro, ha sido hecha guardiana de los siete misterios del Cristianismo. Hay, por ejemplo, los misterios del Bautismo y de la Unción con el óleo santo. Por medio de estos dos misterios venís a ser miembros de la Iglesia. El Bautismo es por inmersión y triple, en el nombre del Padre, después en el del Hijo y por último en el del Espíritu Santo. Al ungirte con el óleo repit· "Este es el sello del Espíritu Santo." Después soplo para echar fuera los malos espíritus. Así se quita tu pecado original. Ahora vienen los misterios de la Confesión y de la Santa Comunión. Por medio de éstos se purgan tus pecados actuales. Porque estoy en la línea directa de la sucesión apostólica, habiendo recibido la imposición de manos santas, y porque Dios me ha encomendado el poder de atar y desatar, puedo perdonar tus pecados. Naturalmente, estás obligado a guardar todos los mandamientos de Dios y de la Iglesia, porque unos y otros son igualmente inspirados, y la Iglesia con sus Concilios ha promulgado edictos inspirados que obli-

gan a todos. Tenemos también los misterios de la imposición de manos, del matrimonio y de la preparación del óleo santo para la unción.

—Y si hago todo esto, padre, ¿saldré entonces del pozo?

—¡Ah, no!; eso no puedo prometerlo. Puede ser que salgas; puede ser que no salgas. No puedo darte ninguna seguridad. Sólo en el gran día último, en el día del juicio, podrás saber con certeza si estás libertado o no. Pero si no lo estás, queda todavía un consuelo, porque mediante el pago de bastante dinero, la Iglesia orará por los que están todavía en el pozo para que salgan algún día, aunque no sabemos dónde están. Y para ayudarnos tenemos millares de iconos (pinturas sagradas) a los cuales se ofrecen oraciones con la esperanza de que el santo ante cuya imagen nos inclinamos rogará con nosotros por aquellos que siguen todavía en el pozo.

Oído esto, decidí cumplir todas las condiciones que se me habían impuesto, aunque se me había dado tan poca esperanza, porque me hallaba en una situación desesperada. Empecé al punto. No dejé por hacer nada de lo que el Obispo me había dicho. Pero estaba condenado a un amargo desengaño, porque ni mis propias obras, ni las de la Iglesia Griega Ortodoxa, ni sus oraciones, ni las mías, ni la intercesión de los santos, pudieron sacarme del pozo. Me procuré un icono muy apreciado de San Nicolás, pero no me sirvió de nada. Seguía todavía en el pozo.

Después, mientras seguía caído allí, empecé a

pensar en aquella sucesión apostólica sobre la cual fundaba la Iglesia todo su poder. Recordé cómo los orgullosos fariseos se habían gloriado de su padre Abraham. Aquella era la sucesión más grande posible. Si la ascendencia significaba algo, los fariseos tenían derecho a enorgullecerse. Porque en el orden natural tenían a Abraham por padre. Pero Jesús les dijo: "Vosotros de vuestro padre el diablo sois, porque las obras de vuestro padre hacéis." Y en otra ocasión: "Por sus frutos los conoceréis." De modo que la única sucesión que Jesús reconocía era la que se caracteriza por una vida santa. Después empecé a estudiar los Concilios. Pero ¿había habido Concilios cuando Pablo predicó en Corinto y en Filipos? ¿Y no ganó almas y fundó iglesias? Si había entonces en su Evangelio lo bastante para salvar, ¿por qué no ahora? ¿Es necesario ahora la obediencia a los edictos de los Concilios para salvarse, no habiéndolo sido entonces? Así razonaba y examinaba esta cuestión en mi corazón. Una cosa era cierta: que yo no había sido salvado todavía; seguía en el pozo. Y cómo salir de allí era para mí la cuestión más importante.

* * *

En medio de mis soliloquios oí una voz que me llamaba desde arriba. Era una voz de hombre, clara y fuerte.

—Hijo mío, ¿dónde estás?

—Aquí, aquí—exclamé—, en el pozo. Pero dígame quién es usted y si puede ayudarme.

—Soy un sacerdote católico, hijo mío. ¿Estás dispuesto a confesarte?

—Sí, santo padre. Empiece usted. Cualquier cosa para salir de aquí.

Al ver mis deseos, me hizo muchas preguntas acerca de mi vida pasada y de mi apuro presente, todas las cuales contesté lo mejor que pude.

—Ahora—dijo—te explicaré nuestra santa fe católica, la única en que puedes esperar liberación.

—Hágalo, padre—imploré—. Dígame lo que tengo que hacer para salir de este pozo.

—En primer lugar has de saber que la Iglesia Católica Romana tiene muchas antiguas tradiciones, que sin hallarse en la Biblia, son sin embargo autorizadas y obligatorias. Los sacerdotes de la Iglesia Católica son llamados "padres" y no se pueden casar. En cuanto a ti, hijo mío, no debes comer carne los viernes ni durante la cuaresma. Cómprame este rosario y haz tus rezos con él. Debes repetir tantas oraciones como cuentas tiene el rosario, cincuenta "Avemarías" y cinco "Padrenuestros", porque el rosario significa, recuérdalo bien, los cinco misterios de la religión. La Virgen María lo dió a Santo Domingo y le mandó que propagara su devoción por todo el mundo. Y cuando ores, hijo mío, ora a Dios, pero también a la Virgen María y a los santos, porque son nuestros intercesores y abogados, que pueden alcanzarnos favores de Dios. Cuando vayas a la Iglesia,

oirás al sacerdote que dice la misa, lee las Escrituras y entona las oraciones en latín. En los muros de la iglesia verás las estatuas de santos a quienes el Papa ha canonizado. Están allá para recordarnos sus virtudes y por esta razón se nos manda que las veneremos. Y ahora, una palabra acerca de la misa. La misa, has de saber, es un sacrificio diario, repetición del sacrificio del Calvario. El pan, al ser consagrado por el sacerdote, se cambia en el cuerpo y en la sangre de Cristo. Cuando rompe y come la hostia, come al mismo Cristo vivo. Por la misa se nos alcanza el perdón. Encima del altar observarás el tabernáculo donde se guarda la sagrada hostia, o el Señor Jesucristo como Dios y Hombre. Por eso debes arrodillarte al entrar. Pero lo más importante de todo es el confesonario. Verás unas casillas de madera a las cuales tienes que acercarte para confesar tus pecados al sacerdote, que te dará la absolución y te impondrá las penitencias que tienes que cumplir. Cuando por fin llegues a la hora de la muerte, irás al Purgatorio, es decir, si eras bastante buen católico para escapar del Infierno. Allí tu alma se purificará y se hará apta para entrar en el cielo. El tiempo que tendrás que pasar en el Purgatorio puede ser acortado, sin embargo, dejando bastante dinero para que se digan misas por el descanso de tu alma. Aun el Papa las necesita.

Escuché atentamente a todo lo que el sacerdote tenía que decirme e inmediatamente confesé mis pecados, después de lo cual me dió la absolución, encargándome que fuera fiel a la Iglesia, que re-

zara a la Virgen María, cumpliera mis deberes, fuera buen católico y no pecara más.

Le prometí hacer todo lo que me había pedido y lo hice lo mejor que pude, aunque era tan difícil. Pero mi condición permanecía la misma. Seguía todavía en el pozo. Y estando allí, tenía tiempo sobrado para pensar. Mis pensamientos volvían con insistencia hacia lo que el sacerdote había dicho. Al principio estaba confundido; pero gradualmente llegué a formar ciertas convicciones firmes.

Empecé por recordar todo lo que la Biblia tiene que decir acerca de las "tradiciones" de los hombres. ¡Qué claro! ¡Qué positivo! ¡Qué incontestable! Cristo había dicho: "Bien invalidáis el mandamiento de Dios por guardar vuestra *tradición.*" (Marcos 7:9.) "Mas en vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres." (Mat. 19:9.) Pablo dice: "Mirad que ninguno os engañe por filosofías y vanas sutilezas, según las *tradiciones* de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo." (Col. 2:8.) De aquí deduje que las tradiciones humanas deben ser absolutamente rechazadas.

Después pensé que había llamado "padre" al sacerdote e inmediatamente me vinieron a la memoria las palabras de Cristo: "Y vuestro padre no llaméis a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos." (Mateo 23:9.)

Cuando recordé los mandatos del sacerdote de no comer carne los viernes, ni durante la cuaresma,

y lo que dijo acerca de su propio celibato, hube de confrontarlo con lo que Pablo había escrito a Timoteo, donde el "prohibir casarse" y "mandar abstenerse de las viandas que Dios creó" se califican de "doctrinas de demonios." (1 Tim 4:1-3.) Y en el tercer capítulo de la 1.ª a Timoteo, versículos dos y cuatro, Pablo dice que "conviene que el obispo sea marido de una mujer, que gobierne bien su casa, que tenga sus hijos en sujeción". Recordé también que Pedro había sido casado. Más aún, que el matrimonio no se prohibió a los sacerdotes hasta más de mil años después de Jesucristo.

Consideré lo que había dicho del rosario y me vino a la mente de manera clara la enseñanza del Señor Jesucristo cuando dijo: "Orando, no seáis prolijos como los gentiles, que piensan que por su mucha parlería serán oídos." (Mat. 6:7.) Pensé, además, que no habiendo usado nunca un rosario la Virgen María, mal lo podía haber dado a Santo Domingo. Pude asimismo recordar muchos pasajes de la Biblia en que se nos recomienda orar a Dios, pero ninguno que nos diga que debemos orar a la Virgen María.

Por qué habían de usar los sacerdotes de la Iglesia Romana el latín, siendo una lengua muerta, no podía comprenderlo. Los apóstoles habían predicado en el lenguaje del pueblo, y Pablo había declarado que prefería en la iglesia hablar cinco palabras para ser entendido de todos que diez mil en lengua desconocida.

En cuanto a estatuas e imágenes, sabía yo que

estaban absolutamente prohibidas por Dios (Exodo 20:5), aunque la Iglesia Romana las hubiera aprobado en la sesión vigesimaquinta del Concilio de Trento, donde se decretó que las imágenes de Cristo y de la Virgen María y de los Santos deben conservarse en las iglesias y que se les debe pagar honor y veneración. ¿No es esto idolatría?

Recordé que el Credo del Papa Pío IV contiene esta declaración: "Sostengo firmísimamente que las imágenes de Cristo, las de la Madre de Dios, siempre Virgen, y también las de otros santos, se pueden tener y conservar, y que ha de dárseles debida veneración y honra. "

No había olvidado, además, que el Catecismo del Concilio de Trento dice: "Es lícito tener imágenes en la Iglesia y honrarlas y adorarlas", y que "las imágenes de los santos son puestas en las iglesias para que sean adoradas". ¡Qué idolatría!

Cuanto más pensaba en la misa, más horrorizado estaba. Sabía yo que Cristo había sido ofrecido una sola vez para siempre y que en la cruz había clamado: "Consumado es." Por qué había de ser ofrecido otra vez era cosa que no podía explicarme. Y sin embargo, según el Catolicismo Romano, el sacerdote ofrece en la misa un sacrificio propiciatorio por los pecados de los hombres. Creo que fué el Papa Pío IV quien resumió la doctrina de la misa en estas palabras: "Confieso que en la misa se ofrece a Dios un verdadero, propio y propiciatorio sacrificio por los vivos y los difuntos."

Mi pensamiento se volvía inmediatamente a la Palabra de Dios y los siguientes pasajes me impresionaban poderosamente: "Pero éste (Cristo), habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio para siempre, está sentado a la diestra de Dios" (Heb. 10:12); "así también Cristo fué ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos" (Heb. 9:28); "porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (Heb. 10:14).

Pero el confesonario era lo que más me confundía. Sabía yo que la Biblia enseña que la confesión del pecado debe hacerse a Dios, y sólo a Dios, y que sólo El tiene poder de perdonar. Siendo Cristo el único Mediador entre Dios y los hombres, no era necesario, me decía yo, un sacerdote. El hombre debe acudir directamente a Dios mismo. Había sacerdotes en el tiempo de David, y sin embargo, él confesó su pecado a Dios, y solamente a Dios (Salmo 51:1; 32:5). Recordé que además Pedro, que confesó su pecado directamente a Cristo, fué perdonado, mientras que Judas, que confesó el suyo a los sacerdotes, en lugar de hallar perdón, cayó en la desesperación y se ahorcó.

Fué en el Concilio de Letrán, en el año 1215, recordaba yo, cuando el Papa Inocencio III hizo obligatoria para todos los fieles de la Iglesia de Roma la confesión auricular.

Cuando pensé en el purgatorio me acordé de las palabras de Cristo al ladrón arrepentido: "Hoy serás conmigo en el paraíso." (Luc. 23:43.) El paraíso no es el purgatorio. Pablo había dicho:

"Partir del cuerpo y estar presentes al Señor." (2 Cor. 5:8.) Y Jesús mismo ha prometido que donde El está allí estarán también los suyos (Juan 14:3.) No recordaba haber visto nunca mención alguna del purgatorio en la Biblia. Recordaba haber leído que la doctrina del purgatorio había sido promulgada en 1459, en el Concilio de Florencia, y confirmada como dogma en 1548 por el Concilio de Trento.

Veníanme a la memoria incidentes que había oído de sacerdotes, que habiendo sido llamados a la cabecera de moribundos y habiéndoles administrado la Extremaunción, pronunciando solemnemente absolución final y completa, sin embargo, después de fallecido el enfermo, habían sacado dinero a sus afligidos parientes y amigos para que se dijeran misas con objeto de abreviar su período de tormento en el purgatorio. Esto, no podía yo comprenderlo. Me parecía una completa contradicción y un absurdo inexplicable.

El sacerdote me había dicho que Pedro fué el primer Papa; pero sabiendo que Pedro no había estado nunca en Roma, deduje que no tenía razón.

Lo que dijo acerca de los Papas y de la Virgen María me parecía poco menos que blasfemia. El Papa Pío X, según me dijo, había hecho estas afirmaciones: "El Papa es, no solamente el representante de Jesucristo, sino el mismo Jesucristo, escondido bajo el velo de la carne. ¿Habla el Papa? Es Jesucristo el que habla. ¿Otorga el Papa un favor o pronuncia un anatema? Es Je-

sucristo el que pronuncia el anatema o el que otorga el favor."

Además había hablado repetidamente de "nuestro Señor Dios el Papa", declarando que "el Papa y Dios eran la misma cosa". Había agregado que "el Papa, como Dios, no puede ser juzgado", habiendo declarado el Papa Nicolás I que "el apelativo de Dios había sido aplicado por Constantino al Papa, el cual siendo Dios, no puede ser juzgado por ningún hombre". Un mero hombre es, pues, elevado a la posición de Dios.

Estas declaraciones, que el sacerdote me había citado, sabía yo que eran afirmaciones oficiales de la Iglesia Católica Romana.

Pero sus observaciones acerca de la Virgen María no tenían un sonido menos blasfemo y contrario a las Escrituras. Porque la Iglesia Romana elevaba a la Virgen María a una posición que pertenece solamente a Cristo. En las "Glorias de María", por Ligorio, autor cuyas obras, según la Iglesia de Roma, están libres de error, aparece esta declaración: "El que está bajo la protección de María se salvará; el que no lo está se perderá... ¡Oh, Virgen Inmaculada!, bajo tu protección estamos, y, por tanto, a ti solamente recurrimos, y te rogamos impidas a tu amado Hijo, que está irritado por nuestros pecados, que nos abandone al poder del diablo... Tú eres nuestra única esperanza... Reina del Cielo, no tenemos más que una abogada, que eres tú, y tú sola eres verdaderamente amante y estás verdaderamente solícita por nuestra salvación... Reina mía y Abogada mía

para con tu Hijo, a quien no me atrevo a acercarme." Así, según la enseñanza de Roma, "nadie va a Cristo sino por su madre". Pero yo recordaba muy bien que la Biblia nos exhorta a acercarnos directamente a Dios sólo por medio de Jesucristo.

Pensando en todo esto empecé a comprender por qué ha sido siempre Roma tan hostil a la Biblia, porque la Biblia, según vi, condenaba completamente la mayor parte de lo que el sacerdote me había dicho y es absolutamente contraria a las enseñanzas del Catolicismo Romano. Que la Biblia había sido oficialmente prohibida, lo sabía bien. El Papa Pío VIII, en 1816, había condenado a las Sociedades Bíblicas como "astuta estratagema por la cual se minaban los fundamentos de la religión y pestilencia que había que remediar y abolir". Y el doctor Cahill, teólogo catolicorromano, había dicho que "prefería que los católicos leyeran los libros más inmorales antes que la Biblia protestante".

Es cosa generalmente sabida que Roma ha quemado Biblias, ha atormentado y matado a los que las leían y ha hecho todo lo posible para mantener en la ignorancia de la Palabra de Dios al pueblo que tiene bajo su dominio. De aquí que las tinieblas hayan reinado donde quiera que se ha extendido la acción asoladora del Catolicismo Romano.

Así razonaba yo; pero con todos mis conocimientos intelectuales no sabía cómo salir del pozo.

* * *

A medida que pasaba el tiempo varios maestros fueron viniendo uno tras otro, y cada uno traía alguna nueva doctrina con cuya aceptación y práctica se me prometía la liberación.

Acercóse Buda con sus enseñanzas ascéticas, insistiendo en que cada hombre tenía que ser su propio salvador y que sólo por medio de grandes sufrimientos físicos, que yo mismo había de imponerme, podía esperar verme libre alguna vez.

Vino después Confucio, que me enseñó a adorar a mis antepasados si quería recobrar mi libertad.

Después de Confucio me visitó Mahoma, que me dió un ejemplar de su Korán; pero aunque estudié con diligencia sus preceptos, no obtuve auxilio alguno.

La mayor parte de los maestros orientales que vinieron me aconsejaron que practicara una u otra forma de ascetismo y me describieron cómo en sus respectivos países hombres santos, como ellos los llamaban, se pasaban a veces días enteros tendidos sobre lechos de clavos o meciéndose entre cinco hogueras bajo un sol abrasador. Otros, me dijeron, tenían un brazo en alto hasta que se les secaba y quedaba rígido, tanto que no lo podían ya bajar. Muchos se dejaban enterrar hasta el cuello, de modo que sus amigos tenían que darles de comer llevándoles el alimento a la boca. Otros se tendían de espaldas cara al sol del mediodía hasta quedar ciegos. Había muchos que iban midiendo el suelo con sus cuerpos por muchas leguas. Otros hacían voto de no hablar nada. Unos

pocos vivían en cuevas y cavernas tan oscuras que perdían la vista al cabo de algún tiempo. Hacer peregrinaciones a determinados santuarios era práctica muy común. Bañarse en las sagradas aguas del Ganges o de otros ríos era método que usaban millones y millones de personas.

Si yo, según me decían ellos podía arreglármelas para "hacer" alguna de aquellas cosas, para martirizarme de alguna manera, torturar mi cuerpo y practicar austeridades penosas para la carne, obtendría seguramente liberación. Me parecía a mí, sin embargo, que ya tenía bastante con lo que estaba sufriendo. Además, cuando pregunté a aquellos maestros si los ascetas de que me hablaban habían logrado obtener lo que buscaban, en la mayor parte de los casos se quedaron callados. Esto no lo podía yo comprender. Obras tan meritorias, pensaba yo, seguramente debían alcanzar algo y a lo menos producir cierta medida de satisfacción. Si no, ¿qué más podía el hombre hacer?

Decidido a ir hasta el límite en la obra de salvarme a mí mismo, me despojé de mis ropas y me expuse al frío glacial, que parecía penetrar por todos los poros de mi cuerpo, hasta el punto de que temí morir helado. Cogí después una piedra y comencé a golpearme brazos y piernas, llenándome de cardenales de tal modo que apenas podía resistir el dolor. De cuando en cuando me pegaba en la cara con los puños cerrados o daba con la cabeza contra las paredes, a consecuencia de lo cual me desmayaba y quedaba como muerto. No contento con esto, me cortaba con pedernales hasta dejar

correr la sangre. Y durante todo este tiempo me abstuve de comer y beber; tan determinado estaba a "hacer" cuanto pudiera para salir del pozo. ¡Cómo sufrí! ¡Qué angustias pasé! Pero todo lo hubiera soportado alegremente, y mucho más, si hubiera podido con ello ganar mi libertad. Pero todo fué inútil. Nada de lo que hacía o de lo que sufría me ayudaba en lo más mínimo.

* * *

Vinieron por último maestros de Teosofía, Espiritismo, Russelismo, Mormonismo, Cristadelfismo, Socialismo, Modernismo, Ateísmo y muchísimos otros sistemas, que sería largo enumerar, pero todos de ningún provecho. Yo seguía en el pozo.

Nada tiene de extraño que estuviera desesperado. Habiendo sido engañado tantas veces, no hacía ya caso de los que vinieran a ofrecer auxilio. En lugar de esperarlos, me puse a analizar todo lo que había oído. Pensando y pensando, vine al fin a darme cuenta de que, a pesar de ser aparentemente teorías muy diferentes de liberación, todas ellas eran, después de todo, una misma cosa. Un solo pensamiento, expresado en tantas y cuantas formas diferentes por tantos y cuantos maestros y conductores. A través de todas ellas, y en todas ellas, vi claramente que una sola palabra expresaba todo lo que hasta entonces había oído. Y esta palabra era la palabra

HACER

Unos y otros me habían dicho que tenía que "hacer" algo para salir del pozo. Mi pensamiento volvió al primero que me había aconsejado y recordé que su consejo había sido "hacer" algo. Lo mismo el segundo y todos los demás. La responsabilidad, por tanto, quedaba sobre *mí*. Yo era el que tenía que "hacer" algo si quería verme libre. De modo que, supiéranlo o no, eran unánimes en su veredicto. Y en cuanto a mí, ¿no había yo tratado de "hacer" lo mejor que había podido todo lo que me habían dicho, y más? ¿Y estaba fuera del pozo? No.

Ahora comprendí que todo lo que fuera "hacer" era inútil. En primer lugar, porque mi condición era demasiado apurada para que pudiera esperar verme libre de ella por mis propios esfuerzos. Sería, pensé yo, como intentar levantarme a mí mismo en peso tirando hacia arriba de los cordones de mis botas el esperar que pudiera yo ser mi propio salvador.

Entonces se me ocurrió que todo aquello de "hacer" constituía, ni más ni menos, que la obra propia del hombre. Todo lo que me habían dicho que hiciera era lo que había de hacer la pobre y frágil naturaleza humana. Yo era quien tenía que pagar el precio de mi rescate Y cuanto más pensaba en ello, más me convencía de que, puesto que habían fracasado mis mejores esfuerzos, debía de haber otro camino. Pero ¿cómo encontrarlo? Ese era mi problema.

CAPITULO II

Apenas había llegado a esta conclusión cuando una sombra cruzó otra vez la boca del pozo. Miré de nuevo hacia arriba, esperando ver otro de los maestros del mundo con alguna otra forma del consejo humano de "hacer" algo. Por fin vi la confusa silueta de un hombre. Pero, sin que yo pudiera explicármelo, parecía diferente de todos los demás. Quedóse parado mirándome silenciosamente mientras, completamente exhausto, yacía yo tendido de espaldas mirando hacia arriba, demasiado débil para sentarme, mucho menos ponerme en pie.

—Amigo, veo que estás en necesidad. ¿Quieres que te ayude?

El había sido el primero en hablar, y aquella voz... ¿podré olvidarla jamás? No era una voz de reproche; no pronunció ni una sola palabra de condenación. Y cuando yo le miré, sonrió. Nunca había yo visto sonrisa semejante.

—¡Socorro! Sí—murmuré, demasiado extenuado para hablar en voz alta, pero pensando vagamente qué me diría que hiciera.

Cómo sucedió no lo sé. Nunca he podido comprenderlo del todo. Todo lo que puedo recordar es que, sin contestarme una palabra, se echó abajo hasta donde yo estaba y en un momento se hallaba a mi lado. Después, poniendo sus fuertes y amantes brazos sobre mí, me levantó como si fue-

ra una paja, y lo primero de que me dí cuenta después fué que estábamos sentados juntos arriba a la orilla del pozo. Y era pleno día.

—¿Cómo pudiste hacerlo?—exclamé con toda mi alma extasiada—. Y ¿quién eres?

En respuesta me mostró sus manos y sus pies, y con gran asombro vi en ellas las señales de clavos. Después me mostró el costado y vi una herida como de una lanzada. Por fin, respondió a mi pregunta diciéndome algo como lo que sigue:

—He ganado el derecho de hacerlo, como ves. Sabía que estabas en el pozo y que nada que hicieras podría sacarte y, por tanto, hice una expiación. Tomé tu lugar. Me costó mi sangre y mi vida. Bajé hasta el fondo mismo del pozo, pero no quedé en él. Y ahora, puesto que yo mismo he salido, me es fácil libertar a otros.

—Pero, ¿quién eres?—exclamé de nuevo con el corazón inundado de gozo y lleno de paz indecible.

—Yo soy Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios—me contestó.

Al oir estas palabras caí a sus pies y le adoré, porque sentía hacia El un amor tal, que hubiera muerto gustoso por El. Pasados unos momentos le conté lo que me había pasado con todos los demás, cómo habían venido ofreciendo auxilio, qué promesas habían hecho y la conclusión a que yo había llegado en cuanto a ellos.

—Pero tú—dije—no me dijiste nada de "hacer". Ni una palabra. Lo hiciste todo. Yo no hice más que dejarte hacer.

—Pues eso—dijo El—lo explica todo. ¿No ves ahora la diferencia?

De repente lo vi todo claro. Este era el otro camino que yo había pensado debía de haber: el plan de Dios. Y era mejor, infinitamente mejor, que todo el "hacer" de los hombres, porque por él me veía yo libertado. Y, sin embargo, no había tenido que hacer nada más que recibir. Entonces cruzó mi mente como un rayo de luz otra palabra. Era la palabra

HECHO

y comprendí que había hallado, al fin, el otro camino, el plan de Dios. Porque allá estaba: todo había sido "hecho" por Otro. Y este Otro era el Señor Jesucristo. ¡Qué plan! ¡Qué previsión! Qué amor tan incomparable!

Entonces llegué a ver que hay dos caminos, y solamente dos, que los hombres siguen para llegar al cielo. Uno es "hacer", y el otro "hecho". El primero es el camino del hombre, el segundo el camino de Dios. El del hombre es más difícil, el de Dios es más fácil. No es de extrañar, pues, que sea "Buena Nueva" para el pecador que ha estado procurando por sus propios esfuerzos obtener la salvación, oir que todo ha sido "hecho", que Jesús lo ha pagado todo; que, como Dios mismo dice en Efesios 2:8-9, "por gracia sois salvos por la fe; y esto *no* de vosotros, pues es don de Dios: *no por obras,* para que nadie se glorie".

Y en otro lugar: "Al que NO OBRA, pero

cree en Aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia." (Rom. 4:5.)

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito para que todo aquel que en El cree no se pierda, mas tenga vida eterna." (Juan 3:16.)

"A todos los que LE RECIBIERON, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que *creen* en su nombre." (Juan 1:12.)

"Dios nos ha *dado* Vida Eterna, y esta Vida está en su Hijo. El que *tiene* al Hijo *tiene* la Vida; el que *no tiene* al Hijo de Dios, *no tiene* la Vida." (I. Juan 5:11-12.)

"De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y *cree* al que me ha enviado, *tiene* vida eterna; y no vendrá a condenación, mas pasó de muerte a vida." (Juan 5:24.)

"*Cree* en el Señor Jesucristo y serás salvo." (Hech. 16:31.)

"Pecador soy sólo; para nada valgo,
Pero en Jesucristo mi Todo he hallado."

"Nosotros, Judíos naturales y no pecadores de los Gentiles, sabiendo que el hombre *no* es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para que fuésemos justificados por la fe de Cristo, y *no* por las obras de la ley; por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada." (Gál. 2:15-16.)

Y qué gozo es decirte, amigo mío, puesto que tú también estás en el pozo, porque "*todos* peca-

ron y están destituídos de la gloria de Dios" (Rom. 3:23); "*todos* nosotros nos descarriamos como ovejas; *cada cual* se apartó por su camino" (Is. 53:6); "*no* hay justo, ni aun *uno*" (Rom.3: :10); qué gozo es, repito, decirte que, aunque estás en el pozo del pecado y de la condenación y nunca podrás salir de él por ti mismo, Jesús puede y quiere rescatarte a ti también. Amigo mío, El murió por ti, y con sólo que dejes de intentar salvarte a ti mismo, comprendiendo que ni todas tus obras buenas, que Dios dice son a sus ojos como "trapos de inmundicia", ni todo lo que "hagas", puede en manera alguna valerte, y aceptes sencillamente al Señor Jesucristo como tu Salvador, tú también vendrás a ser miembro de la familia de Dios y heredero del Cielo. La religión del hombre la has probado ya, y te ha fallado. Toma ahora el camino de Dios y serás eternamente salvo.

"La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro." (Rom. 6:23.)

"El que *cree* en el Hijo tiene vida eterna." (Juan 3:36.)

"Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado: para que todo aquel que en El *cree,* no se pierda, mas tenga vida eterna." (Juan 3: :14-15.)

"Yo soy el camino", dijo Jesús. No la moralidad, ni la iglesia, ni religión alguna hecha por hombres, sino Jesucristo mismo, una Persona viva. El es el camino, y el único camino a Dios.

"Esta es la vida eterna, que te conozcan el solo

Dios verdadero y a Jesucristo, al cual has enviado." (Juan 17:3.)

"Llamarás su nombre JESÚS, porque El salvará a su pueblo de sus pecados." (Mat. 1:21.)

"Jehová cargó en El el pecado de todos nosotros." (Is. 53:6.)

Fué su sangre la que nos lavó, porque "sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (Heb. 9:22); "La misma *sangre* expiará la persona" (Lev. 17:11). "Veré la *sangre,* y pasaré de vosotros" (Ex. 12:13). "La *sangre* de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado" (1 Juan 1:7). "Habéis sido rescatados, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo" (1 Ped. 1:18-19).

No son tus obras, como ves, sino su *sangre.* Dios da un valor inestimable a la *sangre* de su Hijo. Y era la sangre *derramada* la que tenía eficacia. El unitario, que niega la divinidad de Cristo, queda, por tanto, sin esperanza, y lo mismo todos los que desprecian la *sangre.* Pero ¡cuán preciosa es a los ojos de los redimidos!

Las venas puras de Emmanuel
de sangre ofrecen un raudal,
y pierde sumergido en él
sus culpas todas el mortal.

Hasta el ladrón placer sintió
de salvación la fuente al ver;
tan vil como él, en ella yo
mis culpas vi desaparecer.

Amigo mío, créeme cuando te digo que no son tus lágrimas de arrepentimiento, ni tus oraciones,

sino la sangre, lo que expía por tu alma. En tanto que un hombre que se ahoga piense que puede salvarse a sí mismo, no será salvado. Pero tan pronto como deje de luchar, renuncie a sus intentos de salvarse a sí mismo y se entregue al que va a rescatarle, será salvo, pero salvo, nótalo bien, por Otro.

Puedes ser miembro de todas las iglesias del mundo; puedes haber sido bautizado y participar con regularidad de la Cena del Señor; puedes portarte de una manera inmejorable, vivir una vida moral, tratar a tus semejantes como quisieras ser tratado; puedes guardar los mandamientos, cumplir la Regla de Oro, ser un marido y padre, o una esposa y madre, ideal; puedes sufrir por causa de la justicia y gastar tiempo y dinero en provecho de la iglesia y de la humanidad, y, sin embargo, nada de esto te valdrá de nada, puesto que Dios ha condenado para siempre toda forma y especie de lo que pudiéramos llamar

RELIGIÓN DE HACER

y ha declarado en su Palabra, en tono que no deja lugar a duda, que el único plan que reconoce es la obra cumplida por su Hijo en la Cruz del Calvario, la cual no es "hacer", sino

HECHO

Y puesto que El ha establecido ya los términos y condiciones en las cuales te aceptará, no tienes otra alternativa que la de aceptar la salvación en

las condiciones que Dios ha trazado. Se ha hecho provisión por medio de la *sangre* de Cristo y por ningún otro alegato puedes ser aceptable a Dios.

La salvación que Dios da, has de saber, no depende para nada de la "religión", puesto que la religión siempre pide "hacer" algo. La "religión" es lo que el hombre hace para con su Dios, sea el hombre pagano o cristiano, mientras que el Cristianismo consiste en lo que Dios hace por el hombre. La "religión" por tanto, no basta. El Nuevo Testamento no habla de "religión", habla de Cristo. Aun la palabra "religión" se usa sólo cinco veces, y en cuatro de ellas con mal significado. La quinta referencia es a las buenas obras del creyente. La palabra "religión" nunca se usa para designar el Cristianismo. Hay muchos que piensan que el Cristianismo es una de las grandes religiones que hay en el mundo. Pero el Cristianismo, amigo mío, no es "religión" de ningún modo. El Cristianismo es una vida, una vida que se obtiene como se obtiene toda vida: por nacimiento. Por eso Jesús dijo: "Os es necesario nacer otra vez" (Juan 3:7). "Religión" es la cosa más condenable del mundo. Es solamente una trampa para prender, un fundamento falso. Pablo habla de la "religión del Judío", una religión completamente ineficaz, puesto que Jesucristo tuvo que morir tanto por los Judíos como por los Gentiles. "Yo he venido—dijo El—para que tengan *vida*" (Juan 10:10). Tenían Judaísmo, pero no tenían vida. Tenían "religión", y en abundancia, pero la "religión", sea Protestantismo, Catolicismo,

Judaísmo, Mahometismo, Confucianismo, Budismo, o lo que quiera, es una maldición, una carga, una esclavitud. Cristo ofrece, no "religión", sino *vida*. Déjate, pues, de "religión", que consiste toda ella en "hacer", y canta conmigo:

"Hecho está ya, el pacto salvador.
Del Señor soy, y mío es el Señor."

O si lo quieres expresar de otro modo:

"¡Aleluya! Hecho está. En el Hijo he creído;
Salvo soy por la sangre que en la cruz ha vertido."

Porque si esperas a "hacer" algo, ya no vienes tal como eres, y solamente así puedes atreverte a acercarte a Dios.

"Tal como soy, sin una sola excusa,
Porque tu sangre diste en mi provecho
Porque me mandas que a tu seno vuele,
Oh Cordero de Dios, acudo, vengo."

"Tal como soy, sin esperar siquiera
A borrar ni una mancha de mi seno,
A Ti, que todas borras con tu sangre,
Oh Cordero de Dios, acudo, vengo."

CAPITULO III

En lo que a la salvación que Dios ofrece se refiere, no es lo importante *lo que tú eres,* sino *dónde estás.* Permíteme que te lo aclare con un ejemplo:

Un barco se está hundiendo. A bordo hay un hombre que ha vivido una vida vil, malvada, disoluta. Se acerca un bote salvavidas y el capitán ordena a todos que abandonen el barco náufrago. Pero aquel viejo pecador saca una Biblia y un himnario, y por primera vez en su vida se pone a leer, a orar y a cantar. Y mientras los otros pasan al bote salvavidas, él camina sobre cubierta de arriba a abajo como un hombre completamente cambiado, exteriormente al menos. El capitán le llama a gritos para que abandone el barco, pero confiado en que sus "obras" son suficientes y que su "hacer" le valdrá, no hace caso de los avisos y permanece donde está. De pronto el bote salvavidas se aparta, el navío da una última cabezada, vuelca y se hunde, y lo último que se oye es el canto del perdido marino al hundirse con el barco.

Escucha ahora: La cuestión en cuanto al plan de la salvación divina, no es *lo que* eres, sino *dónde* estás. El viejo marino era un hombre completamente cambiado cuando se hundió, pero permanecía en el barco en lugar de estar en el bote salvavidas. No fué por lo que era, bueno o malo, feliz o desgraciado, perverso o reformado, por lo que se perdió, sino porque estaba en el navío náufrago, y debía haber estado en el bote salvavidas. Si

hubiera estado en éste se habría salvado. Salvado, no por lo que era o dejaba de ser, sino por el lugar en que estaba.

Ahora bien; el bote salvavidas es el Señor Jesucristo. El barco náufrago es la vida vieja, la naturaleza de Adán, el mundo natural en que has nacido; y según la revelación divina, Dios ha condenado completamente este mundo y todo lo que hay en él. Está sentenciado. Según la frase de Bunyan, el autor de "El Peregrino", es la "Ciudad de Destrucción". De aquí que, si permaneces en él, tienes que perecer sin remedio. No importa lo que seas, bueno o malo, miembro de la iglesia o incrédulo; tienes que perecer por el lugar donde estás. Estás en algo que Dios ha condenado.

¿Qué hay que hacer, pues? Está claro; dejar el mundo. Quiero decir renunciar a la vida vieja, a la naturaleza de Adán. ¿Cómo? Sencillamente: entrando en el Bote Salvavidas. Tan pronto como entras estás seguro. Pero entra, y entra tal como estás. No se requiere que mejores. No trates de vestirte bien. No es cosa que te incumbe a ti el mejorarte. Dios lo hará después que hayas entrado. Y al entrar en Cristo automáticamente saldrás de Adán. Estás en el Viejo Adán o en el Nuevo, pero no en los dos. Por naturaleza perteneces al Viejo. Pero, puesto que el Viejo está condenado, si quieres salvarte tienes que entrar en el Nuevo.

Hay solamente dos familias: la familia de Satanás, encabezada por el primer Adán, y la familia de Dios, cuya cabeza es el nuevo Adán, Jesu-

cristo. ¿En qué familia estás, en la vieja o en la nueva? Eso decide la cuestión; porque en la nueva estás seguro para siempre. Así que, como ves, no es cuestión de *lo que* seas, sino de *dónde* estés. ¿Estás en el primer Adán o en el segundo Adán? ¿A qué familia perteneces?

Amigo, permíteme que insista en mi pregunta. Lo hago con toda seriedad. *¿Dónde* estás tú?

—Bueno—dices—, yo soy un buen cristiano.

—No te pregunto *lo que* eres, sino *dónde* estás.

—Soy miembro de la iglesia.

—Otra vez, amigo mío, respondes a la pregunta "¿Qué?". Yo te hago la pregunta ¿Dónde? ¿Estás en el barco náufrago o en el Bote Salvavidas? ¿Estás en Adán, o en Cristo? ¿Estás en la familia de Satanás, o en la familia de Dios? Dime, *¿dónde* estás? Ninguna otra cosa importa. Esta es la única decisiva.

* * *

Imaginaos un hombre que comparece ante un Tribunal de Dios.

—¿Qué hiciste con mi Hijo?—pregunta Dios.

—Pues, Señor, siempre viví una vida recta, buena y honrada. He hecho lo mejor que he podido y...

—No te he preguntado qué clase de vida has llevado—interrumpe Dios—. Te he preguntado qué hicistes con mi Hijo.

—Me afilié a la iglesia, Señor. Fuí bautizado y he sido muy religioso; además...

—No he preguntado acerca de tu vida religio-

sa—responde enojado Dios, interrumpiéndole de nuevo. Sólo quiero que me digas qué hiciste con mi Hijo.

—Pues bien, Señor, siempre pensé que era un hombre bueno, en verdad, el mejor de todos, y que como ejemplo yo...

—Amigo, no te pregunto lo que *pensabas* de El, sino lo que *hiciste* con El. Esto es todo lo que importa.

—Pues bien, Señor, yo...

—¿Lo aceptaste?

—No, Señor. Yo era bueno y moral, respetable y religioso; pero en cuanto a tu Hijo... no, no hice caso de El.

Y con esto, por tus propias palabras, por tu propia confesión estás condenado.

Pero ahora ocupa su lugar a tu lado un conocido y vil blasfemo, culpable de todos los pecados y crímenes que el hombre puede cometer. El también es condenado y juntos oís las palabras: "Apartáos de mí".

—Pero, Señor—clamáis asombrado—. ¡Nos condenas a los dos del mismo modo; él, un pecador conocido de la peor especie, y yo un miembro respetable de la iglesia! ¿Es esto justo?

—Amigo mío—responde Dios—. Ese hombre no va al infierno a causa de su vida vil y pecadora.

—¿No? Entonces, ¿por qué?—exclamáis asombrado.

—Escucha, amigo; él se condena porque no aceptó a Jesucristo, mi Hijo unigénito, por su

Salvador. Y tú, virtuoso como eres, te condenas con él exactamente por la misma razón. Tú y él tuvisteis una oportunidad, pero nunca recibisteis a mi Hijo. Por tanto, esto es justo. Los dos estáis perdidos por el mismo pecado.

Como veis, vuestra dicha o vuestra desgracia depende de vuestra relación personal con el Señor Jesucristo. No hay otro camino. El murió por ti; tus pecados fueron cargados sobre El. Por tanto no es preciso que perezcas, sean tus pecados como la grana, o hayas vivido la vida más buena posible. Cristo tomó tu lugar, se hizo tu sustituto, y Dios te ofrece ahora salvación sin dinero y sin precio. Este, amigo mío, es el Evangelio. Y el Evangelio es Buena Nueva. No sería buena noticia decirte que tenías que "hacer" algo, porque podrías no tener tiempo para hacerlo, o no saber cuánto tenías que hacer. No tendrías manera de saber cuándo habías hecho bastante para satisfacer a Dios. Decirte que tenías que "hacer" sería darte malas noticias en lugar de las "Alegres Nuevas de Salvación".

Yo solía viajar por vapor desde Vancouver a Alaska, unos mil kilómetros. Podía haber rehusado el barco y haber ido sin ayuda de nadie. Podía haber intentado ir andando haciendo un enorme rodeo sobre kilómetros y kilómetros de tierras heladas. Pero por mis propios esfuerzos, por mi propio trabajo, jamás hubiera llegado a mi destino. Hubiera muerto en el intento. Pero allá, provisto para mí, estaba un vapor. Todo lo que tenía yo que hacer era pagar mi pasaje, embarcar-

me, y poco tiempo después estaba en el lugar adonde quería ir.

Así Dios, hace mucho tiempo, proveyó un barco, el Señor Jesucristo. Y Cristo mismo pagó el pasaje. El te redimió con su preciosa sangre. Puedes intentar alcanzar el cielo por tus propios esfuerzos, pero, amigo mío, nunca llegarás. Entonces, ¿por qué no seguir el camino que Dios ha trazado? ¿Por qué no aceptar lo que El ha provisto? ¿No es su plan el mejor? No hay dos caminos. Sólo uno. "Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin son caminos de muerte." Dios te ayude para que no lo tomes.

"Consumado es." Esto es lo que Cristo declaró en la cruz. Piensa en ello; la redención del hombre, acabada, cumplida, completa. ¿Por qué tratas de añadir algo a una obra acabada? Estaba acabada siglos antes de que nacieras. ¿Qué tienes que hacer con ella ahora? ¿Qué puedes tener ahora? El la hizo solo. Y El hizo todo lo que era necesario. Nada queda por hacer. Este era el plan de Dios para la salvación del hombre, y no tiene otro: una obra ya completada. ¿No estás satisfecho? ¿Puedes elaborar algo mejor? Todo lo que El pide de ti es que aceptes su obra y que renuncies a las tuyas. No hay dos caminos para el cielo. Con Cristo Dios está perfectamente satisfecho. El cumple todos los requisitos de la ley. Dios ha aprobado su obra expiatoria. Si estás en El, estás tan seguro como El. Entonces, ¿por qué no acep-

tar lo que Dios ha aceptado y recibir a quien ha satisfecho a Dios?

* * *

Hay mucha gente que tiene la idea de que el Cristianismo es carácter, y que el desarrollo del carácter es verdadero Cristianismo. No es cierto. Fué Woodrow Wilson quien dijo: "El Cristianismo no es carácter; el Cristianismo es Cristo."

Podéis tratar de edificar carácter desde ahora hasta el día del juicio y fracasaréis completa y miserablemente. Tu edificio ha sido arruinado por la caída. No es más que una choza cuarteada. Querer edificar otra vez con tales materiales es absurdo. Intentarlo es intentar lo imposible. Dios ni pide ni espera una restauración, ni quedará satisfecho con reforma alguna que puedas realizar. Ha condenado todo el edificio. Ha sido arruinado hasta un punto en que no cabe ya reconstrucción. Lo que El quiere es el solar, que eres tú mismo; y sobre ese solar, El, no tú, levantará un edificio que merezca su aprobación. Pero ha de ser un edificio completamente nuevo, una vida nueva, una regeneración. Hay mucha gente que trata de remendar el viejo cobertizo, mejorar la naturaleza de Adán. Pero no se puede mejorar. Un blanqueo no basta; se necesita una limpieza a fondo.

Ahora bien; para erigir ese edificio Dios se vale de Cristo. Empieza, no contigo, sino con su Hijo. Cuando aceptas a Jesús comienza inmediatamente la obra. El Cristianismo es Cristo. Cristo es quien edifica el carácter, no el hombre. Y lo hace senci-

llamente tomando posesión del solar vacante que le ofreces. En otras palabras, entra en tu corazón. Vienes a ser criatura suya, propiedad suya. Una vez que El ha obtenido posesión, lo demás es fácil. El se reproduce a sí mismo, vive su vida desde lo más íntimo de tu ser, te transforma a su semejanza, y edifica El mismo un carácter que satisfará a Dios. En otras palabras: el carácter es la consecuencia, el resultado, el fruto del Cristianismo. O, más exactamente hablando, de Cristo.

Y así, amigo mío, te ofrezco la cosa más grande en el universo: la salvación; la salvación por medio del Señor Jesucristo. Y te ruego que ahora mismo abras la puerta de tu corazón y recibas al Señor Jesucristo como tu propio Salvador personal. No lo aplaces, porque hay peligro en la demora. "Ahora es el tiempo aceptable, ahora es día de salud". Mañana puede ser demasiado tarde. Esta noche pueden venir a pedirte el alma. Por tanto, tómale y tómale ahora. El gozo que yo tengo lo tendrás tú también. Y algún día nos encontraremos en la Casa de Dios, en el cielo.

CAPITULO IV

Pero ahora, preguntará alguno: ¿no afirma la Biblia que "la fe sin las obras es muerta"? Lo afirma, y con razón, porque la fe que no se manifiesta en obras no vale de nada. Tan pronto como aceptas verdaderamente a Jesucristo, tan pronto como El entra en tu vida, todo cambia. Serás en verdad una nueva criatura, una nueva creación, completamente transformado, para no ser el mismo nunca más. Amarás las cosas que aborrecías y aborrecerás las cosas que amabas. La vida que vivirás en adelante demostrará la realidad de tu experiencia. El mundo no te atraerá más. Tu amor al teatro, al cine, al baile, al juego y al tabaco, etc., habrá desaparecido. La blasfemia, la mentira, la inmoralidad, la embriaguez, se alejarán de tu vida. Todas estas cosas pertenecen al mundo, a la carne y al diablo. Satanás es su instigador; a él deben su origen, no a Dios. Y todo lo demás que sea pecaminoso, o aun dudoso, desaparecerá. Encontrarás en tu corazón amor por la oración, una delicia en el estudio de la Biblia, un anhelo por reuniones espirituales, por cultos de avivamiento, por la Casa de Dios y el pueblo de Dios. Tendrás un nuevo apetito que apreciará las provisiones de Dios. Los compañeros mundanos te abandonarán, no tendrás que renunciar a su compañía. Tan pronto como des testimonio fielmente delante de ellos, o les entregues un tratado, o rehuses ir adonde ellos van, dejarán de quererte para nada. En

muy poco tiempo se desentenderán de ti por completo, pero Dios te dará otros compañeros. Sus hijos, que vendrán a ser indeciblemente estimados para ti a medida que vivas para El.

En adelante caminarás a la luz del Espíritu que morará en ti. Porque aun después que hayas sido salvo por El y en El solamente, no se trata de "hacer", sino del vivir hacia fuera del Cristo que mora dentro. El viene a ser ahora por su Espíritu tu Consejero, tu Guía y tu Guardador. En la carne fracasarás, pero en El vencerás. El es ahora quien vencerá por ti. Y El reina supremo sobre el mundo, el demonio y la carne. Es "Cristo en vosotros", o mejor dicho: "Cristo vive en mí." Si Cristo está dentro, todo el mundo lo conocerá. Toda la vida será diferente. "Si alguno está en Cristo nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todo es hecho nuevo."

Esta, pues, será tu experiencia, aunque tal vez no desde el primer momento. Pero a medida que camines en la luz, descubrirás que el Espíritu Santo te dice lo que has de hacer y lo que no has de hacer. Y el gozo que experimentarás al responder a su voz, no hay lengua humana que lo exprese. Así que, como ves, no estás bajo ley; no estás en servidumbre a mandamientos. No es cuestión de deber. Eres libre. Dios te ha dado libertad. Por ejemplo, yo puedo tener todo el vino y el tabaco que quiera. Pero... no lo quiero. Dios me ha quitado el deseo de tales cosas. Puedo dejar de asistir a las reuniones evangélicas si quiero. Naturalmente que puedo. Pero *no quiero* faltar. Dios

me ha puesto en el corazón el deseo de ir. ¿Lo comprendes? "El amor de Cristo me constriñe." Y si me vuelvo a un lado, el Espíritu Santo me corrige al punto y me amonesta.

No quiero decir con esto que el hijo de Dios no será ya nunca culpable de pecado conocido y deliberado. Puede serlo. Las trampas de Satanás están tendidas por todas partes. Por eso dice Dios: "Velad y orad, para que no entréis en tentación." (Mateo 26:41.) Puede caer repentinamente. Pero si es uno que ha nacido de nuevo verdaderamente, se llenará de angustia, penitencia y dolor, y confesando su pecado, será perdonado y restaurado al momento al favor de Dios. Y puede caer otra vez, y otra, porque Satanás conoce su punto flaco. Pero no se revolcará en el cieno como el puerco. Saldrá corriendo del cieno, como la oveja, si es que verdaderamente es una oveja. Si no lo es, permanecerá en el cieno, gozando con su pecado. Por eso dice Dios que sus hijos no *practican* el pecado. El cieno no es ya su elemento natural. Buscan liberación y la obtienen. Como el hijo pródigo, son todavía hijos, aunque la comunión con su Padre haya sido interrumpida, para ser restaurada sólo cuando vuelvan de su alejamiento, confiesen su pecado y regresen al Padre, que está siempre esperándolos con los brazos abiertos, dispuesto a recibirlos de nuevo. La promesa en cuanto a esto la tenemos en la primera Epístola de Juan, 2:1: "Estas cosas os escribo para que no pequéis." Gracias a Dios por esto. Los hijos de Dios no necesitan fracasar. "Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre,

a Jesucristo el justo: El es la propiciación por nuestros pecados". Esta es la provisión. Ahora, pues, "si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados". (1 Juan 1:9.) De modo que pecado confesado es pecado perdonado. ¡Alabado sea Dios por ello! Y una genuina confesión incluye siempre una completa y cordial renuncia del pecado. Porque si eres un hijo de Dios, que pertenece a la nueva raza, la familia cuya cabeza es Cristo y en la cual has nacido, obrarás como un hijo de Dios y no como un hijo de Adán. Serás lo que eres.

Así es transformado el hijo de Dios a la semejanza de Cristo por el Espíritu Santo que mora en él. Las obras de la carne, ira, enojo, enemistades, odio, orgullo, amargura, envidia, celos, ansiedad, congoja, temor, dureza, rencor, mal genio, egoísmo, murmuración, crítica, propia alabanza, etc., desaparecen; y el fruto del Espíritu, amor, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, etc., domina la vida.

* * *

Hemos de distinguir siempre entre salvación y recompensa: salvación por gracia y recompensa por obras. El cristiano no será juzgado nunca por su *posición*, que es perfecta en Cristo, pero lo será por su *estado*. Nunca comparecerá ante el Gran Trono Blanco; pero ante el Bema, ante el Tribunal de Cristo, tendrá que comparecer. "No ven-

drá a condenación" (o juicio). (Juan 5:24.) Estas palabras deciden la cuestión. Su juicio, notadlo bien, tuvo lugar en Cristo, sobre el Calvario, hace mil novecientos años. Pero ahora viene la cuestión de la recompensa: "Es menester que todos nosotros parezcamos ante el Tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno o malo." (2 Corintios 5:10.) Y en otro lugar se dice (2 Corintios 3:15) que nuestras obras pueden ser quemadas mientras nosotros mismos somos salvos porque estamos sobre la Roca, y la Roca, el Fundamento, no es juzgado; es lo sobreedificado, es decir, lo que nosotros hemos edificado sobre el Fundamento, lo que ha de ser probado. Así, pues, como cristianos, no sólo recibimos una recompensa si nuestras obras son aprobadas, sino que sufrimos una terrible pérdida si no hemos vivido completamente para Dios. "Si sufrimos, también reinaremos con El". (2 Timoteo 2:12.) Llevar aquí su vergüenza y su vituperio, vivir separados del mundo, servir a Dios de todo corazón, en una palabra, vivir cien por cien para El, estar del todo y por todo de parte de Jesucristo, es reinar con El en el más allá. La victoria aquí trae la recompensa allí. Hay coronas que nos esperan. Pero estar a bien con el mundo, ser frío y aun tibio, prestar a Cristo un servicio indiferente y a medias mientras vivimos aquí, dará por resultado que se nos niegue el premio, que se nos rehuse la recompensa y que se nos prive del privilegio de reinar con El en el milenio, aunque nos salvemos. ¡Qué castigo! ¡Qué pérdida! ¡Qué tra-

gedia! ¡Qué desconsolador será cuando no haya ya tiempo para remediarlo!

La Biblia nunca confunde la gracia con las obras. La gracia es el favor inmerecido de Dios. Por su propia voluntad, por su amor infinito, Dios dió a Cristo por nuestros pecados. Ninguna parte tuvimos en ello. Por tanto debemos estar dispuestos a humillarnos y aceptar el don de Dios. "La dádiva de Dios es vida eterna". (Rom. 6:23.) Y la vida eterna es eterna; no se puede perder. Dios nunca quebranta sus pactos. "Yo les doy vida eterna, y no perecerán para siempre, ni nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10:28), dijo Jesús, y cumple lo que dijo. Pero desde el momento en que el creyente recibe la vida empieza a edificar sobre ella, y de la cualidad de lo que edifica depende su recompensa. Todo pensamiento y acción tiene su influencia en el carácter de la edificación. La conducta aprobada es aquí la base del juicio. ¿Resistirá la prueba del fuego divino en el gran día, o será destruída? Esta es ahora una cuestión vital. ¿Tuvo por fin el servicio que rendimos la exaltación de nosotros mismos, o la de Cristo? ¿Fué un servicio de amor, o de obligación penosa? Dios, y solamente Dios, puede juzgar.

¡Oh, amados!, permitidme que inculque en vosotros el solemne pensamiento de que Dios ve todas las acciones, conoce todos los pensamientos y comprende perfectamente todos los móviles. ¿Estáis viviendo para El? ¿Ocupa El el primer lugar? ¿Hay algo del "yo"? ¿Para quién vivís? ¿Resistirán vuestras obras el fuego? ¿O serán quemadas

como la madera, el heno y la hojarasca? ¿Será posible que otro sea llamado a recibir tu corona, la corona que está destinada para ti, pero que perdiste por tu indignidad? ¿O vas a ganar el premio, obtener la recompensa y reinar con Cristo? ¡Qué pensamiento tan solemne: tu alma salva, pero tu vida perdida!

¿Eres un vencedor, o te vence todavía el pecado que más te asalta? ¿Tienes la victoria? ¿Dejas que Cristo, por el Espíritu Santo, viva su vida desde tu interior, o estás desagradando a Dios y contristando al Espíritu Santo? ¿Se ha roto la comunión y amistad con Dios? ¿Hay alguna nube entre El y tú, o gozas de la presencia de Dios? A ti te toca responder. Ninguno puede hacerlo por ti. ¿No podrá ser ésta la hora de tu consagración a El para toda la eternidad? ¿No querrás en este momento confesar sinceramente con corazón contrito y humillado tus fracasos pasados y vivir en adelante sólo para Dios?

El Espíritu Santo está pronto para hacer esto posible ¡Cómo desea entrar y poseerte hasta lo sumo! ¿Por qué le dejas fuera? Puedes aceptarle como tu Vencedor tan definidamente como aceptaste a Cristo como tu Salvador, porque El también es una Persona. Y al morar en ti, ocupando, no solamente el vestíbulo, sino todos los aposentos de tu corazón y de tu vida, El te hará capaz de caminar en toda la voluntad de Dios y levantará El mismo la edificación que Dios puede aprobar. Pero has de dejarle a El que lo haga. Esta es tu parte. Entrégate ahora y confía. "He aquí, te llama".

El juicio ha de tener lugar aquí o en el Bema. "Si nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados". (1 Cor. 11:31.) Confesemos nuestro pecado, dejemos nuestro mal obrar y juzguémonos a nosotros mismos, porque ha de ser ahora o... entonces.

Esta es, amigo mío, la vida a la cual Dios te está llamando. He procurado cubrir en unos pocos breves párrafos, y valiéndome de ejemplos, todo el terreno, comenzando con tu condición perdida y pecadora, encaminándote fuera de la religión humana que consiste en "hacer" hacia la obra acabada de Cristo, mostrándote que la prueba de tu salvación será una vida transformada, puesto que la fe que no tiene obras es muerta e inútil, y aclarándote el hecho de que posición es una cosa y estado es otra, no siendo la primera puesta en duda nunca, pero habiendo de ser desaprobado o recompensado el segundo ante el Tribunal de Cristo.

Toca ahora a ti comprobar por experiencia lo que has leído. Yo te garantizo con la autoridad de la Palabra de Dios que encontrarás los resultados que te he anunciado. El no te fallará. Nadie es rechazado. Todos igualmente pueden participar de las maravillas del Evangelio de Dios por la gracia que se ofrece al hombre.

Imprenta de A. Marzo, San Hermenegildo, 32. Teléfono 31225.

Precio: **50 céntimos**